





Debida cuenta

Juan Manuel Pérez Torres

Platero
COOLBOOKS 

Título: Debida cuenta

Primera edición: enero, 2025

© 2024, del texto Juan Manuel Pérez Torres.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-86-3

*A Pilar. Y también a Mario, Ana, Ángel y Miguel,
mis otros pilares. Sencillamente porque ellos son
la base de todo, dejémonos de cuentos.*



*Fácilmente aceptamos la realidad, acaso porque
intuimos que nada es real.*

—Jorge Luis Borges

*En el mundo real nos ocurren cosas que se parecen
a la ficción. Y si la ficción resulta real, entonces quizá
debamos reconsiderar nuestra definición de realidad...*

—Paul Auster

*Yo sólo puedo mostrarte la puerta, tú tienes que
atravesarla.*

—Matrix (1999)



Índice

Prólogo.....	11
PARTE UNO RETAZOS	15
Azul en los ojos.....	17
La noria cotidiana.....	35
El extraño caso del ocho y el nueve.....	45
La pasión por las redes.....	53
Hazañas bélicas	57
Ilusoria realidad.....	61
Génesis update	67
El caso del espejo roto.....	71
Imperdurable y eterno	77
Carbón de azúcar.....	81
Circular	85
Un beso de película	89
PARTE DOS MINUCIAS.....	93
Latente.....	95
De Madrid al cielo.....	96
El patrón	97
Etiquetas	98
El aguamanil.....	99
La cola del cometa.....	100
Potaje de vigilia.....	101
La peana.....	102
Condenas.....	104

Esperanza.....	105
Hipocondría.....	106
Contrición.....	107
Divina de la muerte.....	108
Inefable.....	109
Brotos nuevos.....	110
La llamada.....	111
Doppler.....	112
Patchwork.....	113
El color tampoco.....	114
Regreso.....	115
Big Bang.....	116
Líquido amor.....	117
Paisaje irlandés.....	118
Cándido ardor.....	119
Tiempo muerto.....	120
Saliendo del cascarón.....	121
N-122, KM 358.....	122
Cosiendo los vivos.....	123
Purria.....	124
Cualquier parecido a la realidad... ..	125
Dual.....	126
Referente.....	127
S3r3nd1p14.....	128
Conato de incendio.....	129
Razón de convivencia.....	130
Lo que no le digo.....	131
Letargo.....	132
Corto.....	133
Mi creación.....	136
Musa.....	140

Prólogo

En el mismo instante en que terminé el libro que ahora tienes ante ti, me entró la urgencia (que con suerte pude remediar) de hablar con Juan Manuel Pérez Torres. Y es que, si algo tiene la literatura, y por ende cualquier tipo de arte, es esta necesidad de diálogo y razonamiento que tanto define a la especie humana. Me sorprendió, le dije, la presencia de la tecnología en muchos de los relatos, la fantasía y la ficción que parece casi futurista, pero que luego se resuelve, como un espejismo, para mostrar un costumbrismo tierno y mundano. Me dijo que no podíamos olvidarnos de los nuevos tiempos, y me hizo gracia esa respuesta porque, al final, la sensación que más me queda de esta antología es la nostalgia de las historias humanas y el calor del cariño.

Supongo que, aunque el ser humano siempre tenga la cabeza en el futuro, lo cotidiano se impone como una necesidad que vertebra nuestra sociedad, por mucho que ambicione un mundo más digital.

La tecnología siempre ha sido concebida en la literatura como un elemento terrorífico. Puede que por el miedo de lo humano contra la máquina, como si fuésemos antónimos, y sin verlo como una herramienta. En los textos más canónicos, vivimos una

especie de realidad alternativa en la que no existen redes sociales, ni canales de mensajería instantánea (yo soy consciente de que lo digo así porque mencionar marcas me haría sentir que este texto es menos puro, menos literario), pero a Juan no le da miedo nada de eso, tal vez porque en sus cuentos conviven con naturalidad, no hay una competencia entre elementos, ni siquiera entre formatos, y todo tiene un único fin: hablar de lo anodino de la existencia humana resaltando los detalles que la hacen genuina y única.

La estructura multiformato de los textos, que recuerda a la multidisciplinariedad del autor, son solo una metáfora más que ayuda a potenciar el mensaje de su contenido: todo es cíclico, todo está conectado, nos necesitamos y todos estamos condenados (o bendecidos) a tener sentimientos por la otredad. La curiosidad, ingenua como la mente de un niño, juega con nosotros en una voz narrativa sencilla a la vez que poética y nos lleva de la mano a lugares complejos.

Con una prosa muy embaucadora, Juan nos muestra imágenes que esconden varios significados y son, a su vez, pequeñas trampas que nos recuerdan que en la vida pocas cosas son lo que parecen. Todo habla de algo más. Porque a los seres humanos se nos ha educado en metáforas, en que ser directos es rudo. Es por eso que contamos historias para transmitir las verdaderas necesidades del alma.

Juan me propuso escribir su prólogo por mi habitar en el campo de los videojuegos, como si las historias que se cuentan ahí tuviesen otra naturaleza. Pero lo cierto es que las dudas sobre las que constantemente camina la mente humana son las mismas sin importar

si el resultado está en un libro, en una pantalla, en un cuadro, o si podemos interactuar con él. No importa el tiempo que pase o la generación en la que hayamos nacido, hay sentimientos como el dolor, el amor o la supervivencia que son imperecederos, universales, y se van transmitiendo de generación en generación. Huir de ellos no es solo un error, sino un laberinto del que difícilmente se podrá salir porque hay veces que es mejor no sentirse solo ante ciertas experiencias. Supongo que es por eso que el razonamiento siempre nos lleva a las mismas dudas. Así que podría asegurar, que si las máquinas pensasen (o cuando su algoritmo lo haga), también merodearían por los mismos lugares, como lo hacen estos textos. Cualquier ser, capaz de concebirse a sí mismo, duda de su propia existencia y busca el momento de dejar de ser racional para sucumbir al deseo de ser lo que realmente quiere ser. Una búsqueda, que siempre se nos tacha como negativa o egoísta.

Debida cuenta es una pieza de orfebrería, un receptáculo de joyas que engarzan historias en pocas palabras, un crisol creativo donde se alean ficción, humor, cariño y sensibilidad, donde el autor nos muestra el perfil descodificado del mundo, menos mundano, donde se siente de modo distinto, nada distante, y se respiran aires lejanos, pero no tan remotos. Porque todo forma parte de nuestros espacios comunes.

*Inés Alcolea Llopis,
Escritora y Comunicadora
experta en Videojuegos y Narrativa*



Parte uno
Retazos



Azul en los ojos

Todos estábamos nerviosos y no parábamos de hacer ruido y de dar la lata. Estábamos deseando salir ya del colegio y llegar a casa para contarle a nuestros padres que íbamos a ir de excursión al campo al día siguiente, que era sábado. Teníamos que llevar cada uno nuestra comida y la profesora nos había aconsejado acerca de cómo tendríamos que ir vestidos y calzados para pasar un día correteando por praderas y montes. También ella nos había dado a cada alumno una copia de una carta que había escrito para nuestros padres. Era una carta muy bien escrita y fue al verla cuando averigüé que mi profesora tenía un ordenador con impresora (tenía que ser de ella porque el colegio no disponía de ninguna). La carta informaba a los padres de las horas de salida y regreso del autobús, del lugar de la excursión y del número de monitores que irían con nosotros:

SALIDA: 09.30 HORAS	REGRESO: 19.00 HORAS
LUGAR	LA PARRA
CUIDADORES	12 MONITORES

Este recuadro me lo aprendí de memoria para decírselo de carrerilla a mis padres, y así lo hice cuando llegué a casa, aunque ellos (mis padres) no entendieron

nada hasta que no leyeron la carta. Antes de que papá y mamá dijeran «sí» una vez yo ya había dicho «por favor» nueve veces, así que puse manos a la obra y preparé la ropa más apropiada según las indicaciones de doña Laura. Luego me bañé bien todo el cuerpo y el pelo, me limpié las orejas con bastoncillos, me corté las uñas de pies y manos (bueno, las de la mano derecha me las cortó mi madre porque no manejo bien el cortaúñas con la mano izquierda), me puse el pijama y me presenté en la cocina dispuesto ya para cenar.

—¡Pero si aún ni siquiera has merendado, hijo!

Era verdad, apenas hacía dos horas que había vuelto del colegio, así que debían de ser las siete, más o menos.

—No importa, mamá, hoy quiero acostarme temprano para estar mañana en forma.

—Bueno, pues ayúdame a organizarte la mochila y luego te prepararé una buena merienda-cena para que puedas acostarte.

No recuerdo bien todo ese rato después, yo estaba pensando en la excursión y no me daba cuenta ni de lo que estaba comiendo. Tampoco comprendí qué quería significar mi madre cuando dijo eso de «si no lo veo, no lo creo». Dormí como un angelito.

Cuando mi padre vino a despertarme, yo ya estaba casi vestido y, al contrario que todos los días, fui yo quien tuvo que esperar a que me hicieran el Cola Cao. Mamá acabó de guardar los bocadillos y el chocolate en la mochila justo cuando yo acabé mi desayuno, así que me la puse a la espalda y le pedí a papá que no tardara, que yo lo iba a esperar en el coche. No hizo falta, pues bajó conmigo. Me hizo prometer que tendría mucho cuidado y que no me separaría del grupo.

Cuando llegamos al coche, me ofreció el asiento delantero, eso era muy raro, siempre decía que los niños debían ir en los asientos traseros, por eso lo miré extrañado. Me dijo sonriendo «hoy es un día especial».

Al llegar a la puerta del colegio vimos el autocar a medio llenar y la profesora, en la puerta, con su gorrita roja y azul, parecía el inspector de la línea municipal de autobuses, aunque nos saludó desde lejos como si fuese un militar. Cuando estuvimos cerca, le dimos los buenos días y ella preguntó si lo teníamos todo preparado, si habíamos olvidado algo, si pensábamos pasarlo bien, si traíamos algún instrumento musical... contestamos sí, creo que no, claro que sí, ah, pues no... y ella no supo qué decir.

Me despedí de mi padre y entré en el autocar para sentarme, pero solté mi mochila en el asiento y volví a bajar. Mi padre estaba saludando a don Pedro, a don Andrés, a don Juan y a don Antonio, entonces tuve que saludar a Pedrito, a Andresín, a Juani y a Toñete. Por fin llegó la hora de partir. Doña Laura pasó lista mientras nos íbamos colocando en nuestros asientos, se cerró la puerta del autocar y arrancaron los motores. Todos nos pusimos a decir adiós por las ventanillas y, cuando por fin el autobús se movió, teníamos los brazos cansados de tanta despedida.

Ya en carretera, empezamos a cantar las canciones que se cantan en los autocares y casi sin darnos cuenta llegamos al lugar establecido, La Parra. Todos nos repartimos entre los monitores para mayor seguridad. Fue entonces cuando me di cuenta de que éramos 64 en total. Por supuesto, yo me integré en el grupo de doña Laura.

Cada grupo preparó una pequeña incursión por el campo y todos quedamos citados en aquella

explanada para la hora del almuerzo. Nos dirigimos pues, nuestro grupo, hacia una plantación de girasoles en donde nuestra profe pensó darnos una charla sobre cómo crecían y cómo su flor giraba en dirección al sol. Aquello tenía lógica: gira-sol. Me llamó mucho la atención y me acerqué a comprobarlo por mí mismo. Entré por una calle de girasoles altos y, de pronto, me di cuenta de que no podía volver con el grupo, las plantas formaban calles y las calles esquinas, y las esquinas, rincones, y aquello no era otra cosa sino un laberinto de girasoles. En la feria del pueblo ya había visto yo laberintos de cristales y espejos y yo había aprendido el truco de que, mirando hacia abajo, a la parte donde se unen la pared y el suelo, se nota por donde va el camino porque se ve donde hay y donde no hay reflejos. Pero este laberinto no era una atracción de feria, sino un gran problema que resolver, así que decidí seguir estrategias.

La primera estrategia que pensé era dar media vuelta y volver sobre lo andado, pero en esta época del año, que es tan seca y calurosa, la tierra de labor está muy suelta y no se aprecian las huellas. Pensé entonces en caminar alternativamente hacia derecha e izquierda. Comencé a caminar, pero me atacaron los insectos y tuve que retroceder. Tomé aliento y comencé a caminar de nuevo, pero esta vez dando palmadas en el aire y zapatazos en la tierra para cargarme aquellos bichitos. Al principio no eran muchos y no acudían demasiado rápido, así que pude deshacerme de ellos. Fue entonces cuando apareció ante mi vista un cartel que decía «NIVEL 2» y empezaron a salir insectos de todos lados. «¿Qué significa esto?», me pregunté, pero el ataque de mosquitos, hormigas y otras muchas especies no cesaba, era necesario repelerlo y

ocupaban toda mi atención sin dejarme pensar en nada. Aun así, después de ejercitarme largo rato en la lucha antiinsectos con gran éxito, empecé a pensar qué podría estar ocurriendo. Ahora mis movimientos eran reflejos y mecánicos casi, y esto me permitía pensar mientras seguía matando mosquitos y hormigas (de vez en cuando un escarabajo que valía más) todo esto de un modo casi automático.

Me di cuenta rápidamente de que aquello parecía uno de aquellos juegos de ordenador a los que mi amigo Ramón me había invitado a jugar alguna vez en su monitor. Monitor... monitor... No sabía si tendría algo que ver... pero recordé que en nuestra excursión viajaban 12 monitores. En ese momento se abrió ante mí una nueva visión del laberinto de girasoles: las esquinas que formaban en su retorcido discurrir formaban un cuadrado perfecto de calles que se cruzaban entre sí. Observándolo mejor me percaté de que no era un cuadrado perfecto, sino una sucesión de ellos en todas las direcciones, arriba, abajo, derecha, izquierda y en ambas diagonales, pero... un momento, allí se acababan los cuadraditos, que habían formado entre ellos un cuadrado mayor que contenía a todos los demás. Conté hasta ocho en horizontal y otros ocho en vertical, así que había... $8 \times 8 = 64$ cuadraditos... ¡64 era el número de excursionistas que habíamos venido! ¿Sería solo otra casualidad? En la esquina inferior izquierda se podía leer: «White play W. Black play B»... ¡Ahora era un tablero de ajedrez que me invitaba a jugar! Pero, ¿qué estaba ocurriendo aquel día en el campo? Todo aquello era increíble... ¡Tenía que hacer algo! Pensar, pensar, pensar... Veamos, si aquello eran juegos de ordenador, ¿dónde

estaba el teclado? Y ¿qué lógica secreta ordenaba que fuesen esos juegos y no otros?, ¿de qué manera podía yo elegir otros juegos?

Mientras intentaba razonar de todas las formas posibles para averiguar la clave de todo este embrollo, se iban sucediendo pantallas ante mi vista, todas ellas diferentes... insectos, ajedrez, sellos y monedas, naipes, circuitos de velocidad... de alguna manera extraña todo empezaba a tener sentido: de los 12 monitores que venían con nosotros, uno era un maniático del ajedrez, otro era aficionado a la filatelia y a la numismática y otro hacía juegos y trucos con las cartas. A estos los conocía yo bien, pero, además, en alguna ocasión, había visto casualmente a otro de ellos en el circuito y, sin duda, el mote de «el mosca» que mis compañeros de cole le habían puesto a otro de ellos, venía a cuenta de su afición por las colecciones de insectos. Así que eran las aficiones preferidas de mis monitores las que me estaban incitando a participar en ellas. Pero mi intuición me decía que no debía aceptar jugar a nada que me fuera impuesto de forma insistente, sin embargo, noté una fuerte atracción, irresistible diría yo, que me anulaba la voluntad y la resistencia, con un juego nuevo para mí, jamás visto antes de ahora, y que además coincidía con las aficiones literarias de doña Laura: se me invitaba a dejar libre mi fantasía, pero dotándola de un instrumento mágico que fuera capaz en cada momento de conectar con la compleja explicación lógica del entendimiento y del conocimiento, ese instrumento era el lenguaje. Se me invitaba, en definitiva, a crear un cuento y vivirlo en ese mismo momento, pero no solo eso, sino que, por añadidura, tendría que escribirlo. Yo nunca

había intentado cosa semejante y la idea me fascinó. Tanto que no pude resistirme y entré en él.

Entonces me di cuenta de que había elegido opción y todo lo que antes os he relatado no era más que el «menú» previo. Ciertamente, ahora era mi voluntad la que imperaba. Solo sucedería lo que yo quisiera que sucediese y de la forma que yo decidiese y en el justo momento que yo eligiese.

Recordé el recuadro.

SALIDA: 09.30 HORAS	REGRESO: 19.00 HORAS
LUGAR	LA PARRA
CUIDADORES	12 MONITORES

Lo tenía aprendido de memoria y pensé que no había surgido espontáneamente de mi inventiva, así que decidí modificarlo y me puse a pensar cómo lo haría. Noté entonces que el estómago se hacía sentir, pues desde el Cola Cao que me hizo mi madre, no había vuelto a tomar nada. Por eso se me ocurrió comerme algunas letras y algunos números de aquel cartel. Así lo hice con gusto, me sorprendió comprobar el diferente sabor de cada letra y me llamó la atención lo apetitosos que estaban algunos números. Cuando calmé el hambre, aún quedaban signos y quise componer algo con ellos:

S 9. 0 HS	RE 19O
AR	LA PA
ADES	1 TO S

No se me ocurría nada así que, por si acaso, almacené aquellos signos para cuando me fuesen útiles y me dispuse a jugar ya de verdad. ¿Os imagináis cómo

se ve el agua de una piscina desde el trampolín? ¿Os podéis imaginar cómo se desea entrar en esa agua cuando tienes calor? Y ¿habéis analizado alguna vez lo que sentís cuando entráis de cabeza en esa agua fresquita de la piscina? Ahora yo estaba dentro de aquella piscina, dentro del juego, yo mismo formaba parte de mi propia fantasía, de aquel mundo mío, pero de alguna mágica forma extraña, porque yo no estaba imaginando, sino viviendo todo aquello.

En ese mundo que yo creí mío, había dos templos con tradición iniciática en los misterios mágicos. Eran Dendera y Abydos. Yo era consciente de todos estos conocimientos como si me hubiesen sido regalados e inyectados en mi memoria de forma instantánea. Y yo consideraba a Dendera como el captador de futuros magos y formador de los mismos, y a Abydos como el templo consagrador donde se hacían los rituales de alta magia.

Cuando se celebraban los misterios mágicos, en Dendera se hacían rituales públicos consistentes en una procesión de las partes del cuerpo del mago. Cada parte, representada en barro amasado con trigo, provenía de una provincia del país, culminando con la unión de todos los trozos que formaban la figura completa del mago que, en procesión, entraba en el templo. Pero ahí ya no podía entrar todo el mundo, tan solo unos pocos: el Mago, porque ya había alcanzado todos los grados máximos de iniciación, los sacerdotes y sacerdotisas, los selladores, los escribas y los iniciados. Según iba entrando la procesión por las distintas cámaras del templo, los selladores iban cerrando las triples puertas (de oro, plata y bronce), poniendo un sello en ellas y dejando atrás a los que

no habían alcanzado el grado de iniciación suficiente como para pasar a la siguiente cámara. Quienes conseguían llegar a la novena cámara (el número nueve siempre ha sido considerado mágico y símbolo del fin), pasaban a ser sacerdotes o sacerdotisas oficiales del templo al que se les destinase. A la última cámara solo podían acceder el Mago, un sellador, un escriba y, eventualmente, el nuevo candidato para ser nombrado Mago.

La magia partía de la base de que todo el universo era una vibración de mayor o menor intensidad. Que el Sol era una fuente inagotable de energía y que cada estrella, cada planeta e incluso cada ser natural, por pequeño que fuese, también tenía su energía, aunque con distinta tasa vibratoria y diferente medida. El Mago conocía de una forma total y absoluta las distintas energías de la naturaleza y cómo canalizarlas. En los ritos mágicos se utilizaban colores, el azul para representar a Dendera, y el blanco y verde oscuro (nocturnidad) para Abydos. Los tres colores unidos conforman el turquesa, color mágico que se repetía en todo el mundo que tenía delante de mí.

El camino a seguir estaba claro, primero debería ingresar en Dendera para intentar conseguir un grado de iniciación lo suficientemente bueno como para que los sacerdotes se fijasen en mí, por tanto, amasaría con barro y trigo una parte de mi cuerpo para unirla con las otras partes de los otros iniciados de las demás provincias y entre todos formaríamos el cuerpo del Mago con el que entraríamos en Dendera en procesión. A partir de ahí, debía de estar muy atento si quería llegar a la novena cámara, tendría que ser nombrado candidato a Mago y lograr ser elegido.

Teniendo claras mis ideas, comencé el camino. Inicié así un periodo de gran actividad, muy adecuado para intensificar los procesos mentales o para enfrentarme a problemas que requerían un tesón especial. Debía tener cuidado con las reacciones inesperadas o con mi propia agresividad, ya que podrían meterme en verdaderos líos. Todo indicaba el inicio de un periodo importante de transformación personal. Probablemente me esforzaba para cambiar ciertos aspectos de mi carácter y trataba de analizarme de forma más profunda a mí mismo. Las influencias de la magia tendían a estimular mi agudeza mental y me sentía especialmente preparado para los trabajos que requerían precisión y detalle. Ejercía autocontrol y evitaba las situaciones que conllevaban un cierto peligro para mí. Debía enfocar toda mi energía de una forma siempre constructiva para dar mayor impulso a mi aprendizaje, porque experimentaba acontecimientos inesperados que podían romper mis esquemas. Necesitaba reaccionar rápidamente ante las circunstancias y tener una cierta capacidad de adaptación.

Mi cuerpo rebosaba vitalidad cuando llegué a las puertas de Dendera. Allí esperaba un anciano que con solo su mirada me comunicó que debía vaciar mis bolsillos para desposeerme de mis propiedades. Noté al anciano alterado de felicidad cuando vio las letras que yo guardaba.

S 9. 0 HS	RE 190
AR	LA PA
ADES	1 TO S

Me dijo que era una necesidad del ser mágico que yo pasara urgentemente, pero que no olvidara traer

conmigo algo de barro y trigo para amasarlo dentro. Así lo hice y entré. Vi la sobriedad del azul en las majestuosas puertas de Dendera. Un sacerdote, cuyas barbas eran de color turquesa y que sabía preguntar sin hablar, quiso saber si yo era el niño que había matado tantos insectos en el «NIVEL 2» y asentí. Me dijo que fueron exactamente 999 mosquitos, 99 hormigas y 9 escarabajos, que podía pasar al interior, que vendría conmigo y que nos acompañarían los selladores y los escribas. Hasta entonces no me había dado cuenta, pero detrás de mí se quedaban muchos niños llenos de picaduras en la cara y en los brazos, sacudiéndose el cuerpo de hormigas. No pude ver más detalles porque cerraron las tres puertas de la primera cámara.

Después tuve que explicar por qué había elegido entre todas las demás opciones la de escribir el cuento, que era, precisamente, la más difícil (menos mal que no me preguntaron cuándo pensaba hacerlo) y cuando di mis explicaciones oí los portazos metálicos de la segunda cámara. Ya en la tercera, noté la necesidad de amasar la pasta de barro y trigo, y me puse a ello. Mientras removía para que se mezclaran bien, pensaba qué parte del cuerpo decidirme a representar. Si elegía una parte importante, como la cabeza, el tórax o alguna de las extremidades, parecería un tanto presuntuoso y, además, probablemente, incurriría en repetición con algún iniciado de otra provincia, pues era casi seguro que alguno entre tantos eligieran esas partes. Pero también pensaba lo contrario, o sea, que elegir una parte poco importante podía interpretarse como una falta de respeto y también de dignidad. Para decidirme tuve que recurrir al más puro y simple estado de relajación mental, la abstracción.

Me aparté del trato de la gente y empecé a considerar el aspecto de cada parte del cuerpo separada de los otros aspectos con los que se da en la realidad. Intentaba extraer de las imágenes sensibles de las cosas las ideas o conceptos universales, prescindiendo de los aspectos individuales y concretos en los que se encuentran realizados. Pero deseaba no reducirme simplemente a la operación intelectual de abstraer, sino que, además, hacía lo mismo con el contenido caracterizado por el sentimiento y pude sentir lo abstracto. Lo mismo hice con la sensación y con la intuición. Así llegué al conocimiento inmediato de la verdad de una cosa, sin necesidad de razonamiento.

Elegí el ojo, por fin, y lo moldeé con aquella pasta de trigo y barro. Exactamente cuando hube terminado, llegó la hora de la composición de la figura del Mago para comenzar la procesión. Una intensa luz turquesa llamó mi atención y pude salir de mi estado para concentrarme ahora en la reunión con aquel sacerdote. Con él, estaban también mis compañeros Pedrito, Andrés, Juani y Toñete, ¡qué sorpresa!, ellos estaban haciendo el mismo camino que yo, aunque, ciertamente, habían llegado allí por otros derroteros inimaginables ahora. Pero no debía entretenerme en pensamientos triviales y pedí permiso al sacerdote para componer ya la figura del Mago. Lo hube dicho y ya estuvo, en un tris.

El ser humano es zarandeado por fuerzas extrañas a su naturaleza (la necesidad impuesta de consumir, el esnobismo de aparentar, la quiebra de los valores éticos) y siente que tales fuerzas le sobrepasan. En aquella figura del Mago, compuesta por todos los trozos, se intuía la necesidad de poner orden en el

desarbolado pensamiento del ser humano. Pero sucede que el pensamiento se reúne en el «logos», que es la inteligibilidad misma, la palabra. Contando la figura de la procesión, el sacerdote, un escriba, un sellador y mis cuatro compañeros y amigos y yo mismo, resultó que sumé 9, el número mágico, y, como por arte de magia, acudió a mí la palabra y expliqué:

Tres son las puertas de cada cámara, oro, plata y bronce. Tres son las membranas del ojo, retina, esclerótica y córnea. Y tres por tres son nueve, que es el número que formamos y el número de cámaras que hay en Dendera. Nueve años tenemos cada niño y la suma de las edades de los cinco es cuarenta y cinco ($9 \times 5 = 45$). La suma de las dos cifras de cuarenta y cinco es nueve ($4 + 5 = 9$). Tanto el escriba como el sellador tenían cada uno 18 años ($1 + 8 = 9$) y el sacerdote tenía 81 ($8 + 1 = 9$). También calculé mentalmente, por medio de la magia, que nueve elevado a la novena potencia arrojaba el resultado de 440.563.869, y que sumando sus cifras entre sí ($4 + 4 + 0 + 5 + 6 + 3 + 8 + 6 + 9 = 45$) daba de nuevo el número 45 que volvía a convertirse en 9. Esta fue mi explicación acerca de cómo y por qué elegí el ojo.

Después de mí, mis compañeros explicaron sus razones de haber elegido la mano, el oído, la nariz y la lengua, y quedamos sorprendidos al comprobar que habíamos elegido los cinco sentidos corporales. El anciano, que había permanecido impasible delante de nosotros escuchando nuestros argumentos y acariciando sus barbas de color turquesa, después de comprobar que el escriba había anotado bien todo lo allí hablado, ordenó al sellador que hiciese su trabajo. Pasábamos, pues, a la cuarta cámara, pero una vez

allí, me di cuenta de que ya no estaban conmigo mis cuatro amigos del colegio. El anciano me explicó que la cámara anterior era el cruce mágico de las nueve cámaras ($3 \times 3 = 9$) y que mis compañeros estaban también en sus cuartas cámaras, cada uno por separado y cada uno con su propia procesión que, a su vez, era la misma para todos. Era la distinta tasa vibratoria y la distinta medida de nuestras energías lo que nos situaba a cada uno en un plano diferente de apreciación sensorial. Yo no podía verlos porque había elegido el ojo, en cambio, ellos a mí no podían oírme, olfatearme, gustarme o palparme, según qué sentido había elegido cada cual. El mago conocía, como ya sabemos, las distintas energías de la naturaleza de una forma total, y sabía también cómo canalizarlas. Reunió para sí los cinco sentidos de los que los iniciados nos habíamos desprendido y de esa manera pudo estar en mí y en cada uno de mis amigos. De alguna forma, el sacerdote ya era parte nuestra y también nosotros éramos parte suya. Aquel era, sin ninguna duda, el paso del ecuador en nuestra iniciación. Cruzamos de la cuarta a la quinta cámara. Oro, plata y bronce fueron sellados una vez más ante mi expectante mirada.

Ya en la quinta cámara observé en mi piel ligeros reflejos azulados y pensé que serían producto de haber dado cabida en mi cuerpo al sacerdote de las barbas turquesa, pero pude comprobar que no era esa la causa: mi estancia en esta cámara estuvo promocionada y promovida por el azul turquesa, que paulatinamente me cedía sus tonalidades en la piel, su brillo en las uñas, su color en el pelo, su magia en mí. Yo asumía esa influencia mágica (no sé si decir mejor afluencia mágica) con naturalidad y sin sobresaltos, porque siempre supe

que no era la magia la que tomaba posesión de mí, sino yo quien tomaba posesión de la magia. Así transcurrió mi estancia en esta cámara y no me extrañé cuando vi cerrarse las tres puertas nobles sin que hubiera pronunciado palabra alguna.

La sexta cámara era radiante. El azul se apoderaba de las formas de una manera simbiótica y no solo yo me convertía en azul, sino que, desde mi centro, una radiación, una vibración o una emisión azul turquesa se agrandaba y se extendía por toda la atmósfera hasta convertir todo el ámbito en una visión plana totalmente azul. Yo era la fuente de energía, pero me notaba perfectamente delimitado en mi entorno. Esta situación la recordaba como sensación en un momento anterior. Efectivamente, todo lo que había sucedido era exactamente lo que yo había decidido que ocurriría. Atravesé las tres puertas metálicas que tras de mí fueron selladas pensando llegar a la séptima cámara. Pero aquel fue el momento de mayor confusión de toda la odisea. O quizá fue el momento de mayor lucidez: Yo sabía qué poco espacio separaba lo verdadero de lo falso, qué débil era la frontera entre la luz y las sombras, qué cercano el amor al odio, qué escaso el tiempo en la eternidad. Yo lo sabía todo. Todo menos dónde situarme en aquel momento. Siete artes, siete sueños, siete cielos, siete días en aquella séptima cámara que me hacía dudar de todo. Pero de pronto recordé el ojo que yo había modelado con aquella masa de trigo y barro, el ojo que me había privado de ver con claridad todos los ámbitos y las facetas de las cosas, el ojo que asimiló el sacerdote de las barbas turquesas, el ojo que me acompañaba en procesión, el ojo del Mago. ¡Claro! ¡Esa era la clave! El ojo del Mago,

al igual que sus otros cuatro sentidos, era un órgano perfecto. El ojo del Mago era un ojo crítico. Me haría ver mi verdadera posición...

Haciendo uso de las enseñanzas que había adquirido en el trascurso de todo este proceso (o procesión) canalicé mi propia mirada a través del ojo del Mago y pude ver claramente cómo se sellaban las tres puertas de la octava cámara. Esa era mi posición correcta, la octava cámara. La séptima se había convertido en la octava cuando se disipó la duda, pues resolver una pequeña duda es en realidad un paso crucial en la vida. Allí me hicieron ver que ya era candidato a Mago pues partía, ¿recuerdas?, de la base de que todo el universo era una vibración de mayor o menor intensidad, que el Sol era una fuente inagotable de energía y que cada estrella y planeta, incluso cada ser natural, por pequeño que fuese, también tenía su energía, aunque con distinta tasa vibratoria y distinta medida... me hicieron ver que ya conocía de una forma total y absoluta las distintas energías de la naturaleza y cómo canalizarlas... De todo mi plan para llegar a ser Mago solo quedaba lograr ser elegido, pues ya era candidato, y según los rituales de la magia, como ya dije, el candidato podía pasar a la última cámara acompañado por el Mago, el escriba y el sellador.

Pasemos, pues. El Mago me miraba fijamente y ahora yo lo miraba como a un igual, por cierto, se parecía demasiado a mi profe. Sin preámbulos de ningún tipo me dijo escuetamente:

Demuéstrame tu magia escribiendo ahora este cuento que has creado.

Tuvieron que zarandearme para que despertara. Se me hacía tarde para ir al cole y ya se me estaba enfriando el Cola Cao. La excursión del sábado había sido agotadora y no había descansado lo suficiente por la noche. Para colmo, ayer domingo conseguí un buen dolor de cabeza de tanto jugar al ordenador en casa de Ramón, así que también pasé una mala noche. Estaba rendido. Pero el deber era inexcusable, tenía que ir al colegio. Me vestí y calcé lo más rápido que pude. Me lavé la cara y me peiné. Tomé mi desayuno y guardé mi bocadillo para el recreo. Bajé con mi padre al coche y, como es natural, me senté en el asiento de atrás y, después de una pequeña cabezadita, llegamos al colegio a la hora justa.

Una vez en clase, Pedrito, Andrés, Juani y Toñete me preguntaron si había traído el cuento escrito, pero, antes de poder reaccionar, doña Laura pronunció mi nombre:

—Daniel Espinosa Guerrero.

Mi nombre, en su voz, sonaba siempre como impregnado de una complicidad sin motivos.

Mis amigos tapaban sus risitas con sus manos azuladas... ¡Sorpresa! El corazón empezó a latirme muy deprisa. Mi profesora me dijo:

—Daniel, ya he recibido tu cuento por mi impresora y quiero que sepas que ha sido el último en llegar a mi conocimiento.

Ya en el recreo, mientras nos comíamos el bocadillo mis cuatro aventureros amigos y yo, me di cuenta de que nosotros cinco éramos los únicos en toda la clase que teníamos los ojos tan azules como doña Laura. Cuando lo comprendí todo, empecé a desear que llegara la noche, pues también comprendí que la noche

era Abydos, el sitio, el lugar, el momento idóneo, para los rituales de alta magia: el sueño.

Desde entonces duermo como un angelito.